

— ¿ Con miras interesadas ? No, no... Si tuviese la desgracia de agradarla con esa amarga idea, huiría al último rincón del mundo, porque tendría vergüenza de mí mismo.

Richelieu se rascó la barba.

— La cosa está hecha, ó de Aiguillón es un tonto, dijo para sí.

De súbito se oyó ruido en los pasadizos y algunas voces gritaron : ¡ El rey !

— ¡ Diablo ! exclamó Richelieu. Me escapo, para que no me vea aquí el rey.

— ¿ Pero y yo ? dijo el sobrino.

— Tú, es diferente, conviene que te vea. Quédate... Quédate... y por Dios no echés la sogá tras del caldero.

Dicho esto, Richelieu se escabulló por la escalera excusada diciendo á su sobrino : Hasta mañana.

XIII

La parte del rey

Habiendo quedado solo el duque de Aiguillón, se sintió al principio bastante embarazado. Había comprendido perfectamente cuanto le decía su tío ; había comprendido del mismo modo que madama Dubarry le estaba escuchando, y había comprendido, en fin, que, para un hombre de talento, se trataba en esa ocasión de ser hombre de valor y desempeñar solo el papel en que el viejo duque trataba de hacerse un asociado.

La llegada del rey interrumpió afortunadamente la explicación que por necesidad hubiera resultado de la puritana modestia del señor de Aiguillón.

El mariscal no era hombre que se dejase engañar por mucho tiempo, y sobre todo á quien gustase hacer brillar exageradamente la virtud de otro á expensas de la suya.

Sin embargo, mientras quedó solo, Aiguillón tuvo tiempo para reflexionar.

El rey llegaba en efecto, y ya sus pajes habían abierto la puerta de la antesala y se lanzaba Zamora hacia el monarca pidiéndole confites, familiaridad que Luis XV sabía pagar en sus momentos de mal humor con un papirotazo ó un estirón de orejas, muy desagradable para el joven africano.

El rey se instaló en el gabinete contiguo, y lo que

acabó de convencer al duque de Aiguillon de que madama Dubarry no había perdido una soia palabra de la conversación con su tío, fué que él mismo se halló en disposición de oír perfectamente todo el diálogo que al punto entablaron el rey y la condesa.

S. M. parecía hallarse fatigado como un hombre que acaba de levantar un peso inmenso. Atlas estaba menos impotente después de su tarea, después de haber sostenido el firmamento sobre sus hombros por espacio de doce horas.

Luis XV se hizo aplaudir y acariciar por su querida, á la cual mandó que le refriese los efectos producidos en Luciennes por la caída del señor de Choiseul, cuya relación le divirtió mucho.

Entonces se aventuró madama Dubarry á lanzarse en la política, pues hacía buen tiempo para ésta, y además se sentía con fuerzas para remover las cuatro partes del mundo.

— Señor, dijo, habéis destruído, lo cual no es poco; habéis demolido, y eso es soberbio; pero ahora es preciso reedificar.

— ¡ Oh ! ya está hecho, dijo el rey con negligencia.

— ¿ Tenéis ya un ministerio ?

— Sí.

— ¡ Cómo ! ¿ así de repente, sin respirar ?

— Veo que todos los míos han perdido el seso... ¡ Cómo se conoce que sois mujer, condesa ! ¿ No me deciais el otro día que antes de despedir al cocinero se debía tener otro ajustado para su reemplazo ?

— ¡ Oh ! repetidme que efectivamente tenéis ya organizado vuestro ministerio.

El rey se incorporó sobre el ancho sofá que le servía más bien de cama que de asiento, y cuyo almohadón principal eran los hombros de la condesa.

— Al ver vuestra inquietud, Juanita, cualquiera

diría que conocéis mi ministerio para vituperarlo, y que tenéis uno que proponerme.

— ¡ Y qué ! ¿ sería eso absurdo ni extraño ?

— ¡ Cómo ! ¿ tenéis vos un ministerio ?

— ¡ Pues qué ! ¿ no le tenéis vos también ? replicó la condesa.

— ¡ Oh ! en mí es una cosa indispensable. Vamos, nombradme vuestros candidatos.

— Nada de eso ; sepamos quiénes son los vuestros.

— Con mucho gusto ; así os daré el ejemplo.

— Empecemos. ¿ Quién sucede en marina al señor de Praslin ?

— Cosa nueva, condesa, cosa nueva ; un hombre famoso, que nunca ha visto un puerto de mar.

— Acabad pronto...

— Es una invención magnífica ; voy á adquirir una popularidad inmensa, y me van á coronar en los más remotos mares... En efigie, se entiende.

— Pero ¿ quién es, señor ?

— Apostemos á que no lo adivináis entre mil nombres que os cite.

— Un hombre cuya elección os haga popular... no, á fe mía.

— Un hombre del parlamento, amiga mía, un primer presidente del parlamento de Besanzón.

— ¿ El señor de Boynes ?

— El mismo... ¡ Qué astuta sois ! cómo se conoce que no se os escapan los hombres de mérito !

— Es cosa clara ; como que todos los días estáis hablando de parlamentos. Pero, señor, ese hombre no sabe lo que es un remo.

— Tanto mejor, pues el señor de Praslin sabía muy bien su obligación y me ha hecho gastar un dineral en construcciones navales.

— ¿ Y para Hacienda ?

— Eso es ya otra cosa; he elegido á un hombre especial.

— ¿Es rentista?

— No, militar, porque hace mucho tiempo que los hombres de negocios son para mí insoportables.

— ¿Y para el ministerio de la Guerra?

— Tranquilizaos, porque nombraré al fin á uno de esos hombres fastidiosos, á un rentista. Terray, por ejemplo, es tan amigo de engolfarse en operaciones aritméticas que no dejará de encontrar mil errores de cálculo en las cuentas del señor de Choiseul. Tampoco debo ocultaros que he tenido la idea de escoger para el ramo de guerra un hombre maravilloso, esto es, un hombre puro, como ahora se dice; pero sólo me guiaba el deseo de contentar á los filósofos.

— ¿Y á quién queríais nombrar? ¿Á Voltaire?

— Á otro semejante: al caballero de Mui... Una especie de Catón.

— ¡Dios mío! me asustáis.

— Era ya cosa hecha; mandé á llamarle, sus despachos estaban firmados, y aun recuerdo que me daba ya las gracias, cuando mi bueno ó mi mal genio (esto lo sabréis vos, condesa) me inspiró la idea de convidarle á cenar en Luciennes esta noche.

— ¡Qué horror!

— Eso es precisamente lo que el caballero de Mui me ha contestado.

— ¿Os ha dicho eso mismo?

— En otros términos, por supuesto; pero, en fin, me ha significado en sustancia que su más ardiente deseo es servir al rey, pero que le es imposible servir á madama Dubarry.

— ¡Oh! es muy atento vuestro filósofo.

— Ya comprenderéis, condesa, que yo le aiargaría la mano... Lo hice en efecto para que me devolviese

el nombramiento, que hice pedazos sonriéndome con paciencia, y el caballero se retiró. Luis XIV hubiera encerrado á ese atrevido en una torre de la Bastilla; pero yo soy Luis XV y tengo un parlamento que me da la ley en vez de sufrirla de mi autoridad.

— ¿Qué más da? dijo la condesa cubriendo de besos la mano del rey; lo cierto es que sois un hombre completo.

— No dicen eso todos; Terray es execrado.

— ¿Y quién no lo es?... ¡Ah! ¿y para los negocios extranjeros?

— Á ese honrado Bertín, que es conocido vuestro.

— No por cierto.

— Pues bien, á quien no conocéis.

— ¿Sabéis que entre todos ellos no veo yo un buen ministro?

— ¿De veras? decidme cuáles son los vuestros.

— Solo nombraré á uno.

— ¿Y por qué no le nombráis? ¿tenéis miedo?

— El mariscal.

— ¿Qué mariscal? preguntó el rey haciendo una mueca.

— El duque de Richelieu.

— ¡Ese viejo! ¡Un ave fría!

— ¡Vaya! ¡cómo tratáis al vencedor de Mahón!

— ¡Buen raposo!

— Señor... vuestro compañero de armas.

— Un hombre inmoral que hace huir á todas las mujeres.

— Eso consiste en que no hace caso de ellas.

— Nunca volváis á hablarme de Richelieu, porque es un especie de fiera: ese maldito vencedor de Mahón me ha metido en todos los enredos de París, en tal extremo, que llegaron á dedicarnos canciones. No, no,

mil veces no : solo el nombre de Richelieu me saca de mis casillas.

— ¿ Conque los aborrecéis ?

— ¿ De quiénes habláis ?

— De los Richelieu.

— Los detesto.

— ¿ Á todos ?

— Á todos. Ahí tenéis entre ellos al par y duque señor Fronsac, que ha merecido diez veces la pena de horca.

— Haced de él lo que queráis, pero hay otros Richelieu por esos mundos.

— En efecto, el duque de Aiguillón.

— ¿ Y qué ?

— Á ese debiera yo odiarle más que á todos, porque me arma terribles trapiondas por toda la Francia ; pero tengo la debilidad incurable de conocer que es osado, y así no me desagrada.

— Es hombre de mucho talento, dijo la condesa en voz alta.

— Y de mucho valor y energía cuando se trata de defender las prerrogativas reales. Es un verdadero par.

— Sí, sí, mil veces sí. Debéis hacer algo por él.

El rey se cruzó de brazos, miró de hito en hito á la condesa y le dijo :

— ¿ Cómo os atrevéis á pedirme semejante cosa, cuando toda la Francia está solicitando que degrade y destierre al duque ?

Madama Dubarry cruzó también los brazos y contestó :

— Hace poco que habéis llamado á Richelieu ave fría, y se me figura que tenéis derecho para aplicaros esa calificación.

— ¡ Oh, condesa !.....

— Estáis muy orgulloso porque habéis destituido al señor de Choiseul.

— La cosa no era sencilla ni fácil.

— Lo habéis hecho, y esto es lo esencial ; pero veo que retrocedéis ante las consecuencias.

— ¿ Yo ?

— Sin duda. ¿ Qué habéis hecho con despedir al duque ?

— Doy al parlamento una estocada.

— ¿ Y por qué no le dais dos ? vamos, pecho al agua y haceos fuerte de una vez. El parlamento quería conservar á Choiseul, lo habéis echado : el parlamento quiere echar al señor de Aiguillón, pues bien, conservadlo.

— Yo no le despido.

— Conservadlo, os digo, pero corregido y mejorado considerablemente.

— ¿ Queréis un ministerio para ese botafuegos ?

— Quiero una recompensa para el que os ha defendido exponiendo sus títulos y su fortuna.

— Y su vida también, porque el día mejor del año van á lapidar á vuestro duque en compañía de vuestro amigo Maupeou.

— No hay duda que inspiráis mucho valor á vuestros defensores : la fortuna es que no os oyen.

— Ellos se portan del mismo modo conmigo.

— No digáis eso, pues los hechos hablan.

— Mas ¿ por qué ese furor por Aiguillón ?

— ¡ Furor !... Si no lo conozeo ; hoy lo he visto y le he hablado por la primera vez.

— Eso ya es otra cosa ; quiere decir que tenéis convicciones, y yo las respeto todas, por lo mismo que no abrigo una sola.

— Por lo mismo debéis conceder alguna cosa á

Richelieu en nombre de Aiguillón, ya que á éste no queréis darle nada.

— ¡ Á Richelieu ! ; nada, nada, nada !

— Pues bien, al señor de Aiguillón, ya que os negáis á lo primero.

— ¡ Cómo ! ; una cartera ? en este momento es imposible.

— Ya lo conozco, pero será más tarde. Es hombre de grandes recursos, de acción, y con Terray, Aiguillón y Maupeou tendréis las tres cabezas del Cerbero. Debéis conocer que vuestro ministerio es un ministerio de broma, que no puede durar.

— Os equivocáis, condesa, durará lo menos tres meses.

— Dentro de tres meses os recordaré vuestra palabra.

— ¡ Oh, oh ! condesa !

— Lo dicho dicho : pero necesito algo al presente.

— Pero si no tengo nada.

— Tenéis un cuerpo distinguido de caballería ligera ; el señor de Aiguillón es un buen oficial, lo que se llama una espada bien templada : dadle pues el mando de la caballería ligera.

— Corriente ; lo tendrá.

— ¡ Gracias ! exclamó la condesa llena de júbilo, os doy mil gracias.

Y el señor de Aiguillón oyó al mismo tiempo resonar un beso plebeyo en las mejillas de S. M.

— Ahora, condesa, dadme de cenar, dijo el rey.

— No por cierto, respondió madama Dubarry, porque nada hay preparado aquí : mis criados se han ocupado de la política palpitante y de los fuegos de artificio, y tienen abandonada la cocina.

— Pues venid conmigo á Marly y os obsequiaré.

— Imposible, porque me duele terriblemente la cabeza.

— ¡ Tenéis jaqueca ?

— ¡ Oh ! no puedo más.....

— Pues acostaos, condesa.

— Señor, eso es lo que voy á hacer.

— Adiós.

— Hasta la vista, querréis decir.

— Me parezco algo al señor de Choiseul ; me despiden.

— Pero al despediros os lisonjean, os festejan, os acarician, dijo aquella loca sirena, al paso que conducía al rey hacia la puerta, hasta que riéndose á carcajadas consiguió echarlo fuera de la estancia.

Alumbrábale sin embargo con una bujía desde el peristilo ; el rey se volvió hacia ella y le dijo :

— Condesa.

— Señor... respondió ésta.

— Sentiría que se muriese el pobre mariscal.

— ¡ Por qué ?

— Por haberle salido fallidas las esperanzas de la cartera.

— ¡ Oh ! ya veo que sois muy malicioso, exclamó la condesa saludando á su real huésped con otra carcajada.

Y el rey partió muy satisfecho de lo que acababa de decir acerca del duque, á quien realmente aborrecía.

Cuando madama Dubarry volvió al salón, encontró al duque de Aiguillón de rodillas, con las manos juntas y la mirada fija en su rostro, lo cual la obligó á ruborizarse.

— He hecho *fiasco*, dijo ella ; el pobre mariscal...

— Sí, lo sé todo, contestó el duque ; pues he oído... ¡ Gracias, señora, gracias !

— Creo que os debía eso y algo más ; pero levantaos, duque, pues de lo contrario me haréis creer que tenéis tanta memoria como talento.

— Es muy fácil que acertéis, señora, pues como mi tío os lo ha dicho, sólo soy un apasionado servidor vuestro.

— Y también del rey, pues desde mañana debéis recibir órdenes de S. M. Pero levantaos, duque, levantaos.

Y al decir esto le dió la mano, que Aiguillón besó respetuosamente.

La condesa, al parecer, se conmovió mucho, pues no pudo en un rato pronunciar una sola palabra.

El señor de Aiguillón permaneció como ella, turbado y mudo, pero al fin levantó la cabeza madama Dubarry y dijo:

— ¡Pobre mariscal! Es preciso enterarle de la derrota que acaba de sufrir.

El señor de Aiguillón se imaginó que estas palabras daban por terminada su entrevista con la condesa y se inclinó.

— Señora, respondió, voy á verle ahora mismo.

— ¡Oh! no hagáis tal, replicó madama Dubarry, pues las malas nuevas deben comunicarse lo más tarde posible: podéis hacer otra cosa mejor que ir á ver al mariscal. Cenad conmigo.

El duque sintió como un perfume de juventud y amor abrasar y regenerar la sangre de su corazón, y dijo:

— ¡Ah! vos no sois una mujer, sois...

— Un ángel, ¿no es verdad? murmuró á su oído la condesa.

Aquella noche debió tenerse el señor de Aiguillón por muy dichoso, porque sopló á su tío la cartera ministerial y se aprovechó de la parte de cena que correspondía al rey.

XIV

Las antecámaras del duque de Richelieu

El señor de Richelieu tenía, como todos los cortesanos, un hotel en Versalles, otro en París, casa en Marly, casa en Luciennes; en una palabra, tenía habitación dispuesta en todos los sitios reales.

Luis XIV, al multiplicar los sitios de su residencia, había impuesto á todos los personajes de distinción que tenían entrada cerca de su persona, la obligación de ser ricos para imitar en debida proporción el tren de su casa y los dispendios de sus caprichos.

El señor de Richelieu residía en su palacio de Versalles, en el momento de la caída del duque de Choiseul y del de Praslin, y allí fué donde fué á pasar la noche, de vuelta de Luciennes, después de haber presentado su sobrino á madama Dubarry.

Habían visto á Richelieu con la condesa en el bosque de Marly; le habían vuelto á ver en Versalles después de la desgracia del ministro, y pocos ignoraban su audiencia larga y secreta en Luciennes. Estas circunstancias, á las cuales debían añadirse las indiscreciones de Juan Dubarry, bastaron para que toda la corte se creyese obligada á presentar al mariscal el homenaje de sus respetos.

Iba pues el anciano duque á aspirar el perfume de la lisonja, de la adulación y de la bajeza que queman